



que se arrepienten. La Iglesia ha colocado sobre los altares a San Agustín; pero también a María Magdalena, a Margarita de Cortona y a otras muchas ex pecadoras.

leyes morales para todos

Lejos de mí la presunción de dar lecciones de ética cristiana. Simplemente deseo repetir esta verdad, demasiado a menudo olvidada: que para la verdadera moral una mujer es una persona, lo mismo que el hombre. Por eso puede equivocarse —como él se equivoca—, y tiene el derecho de no ser crucificada a sus errores. Derecho que el hombre, en este terreno, ha disfrutado siempre.

Los actos de la mujer suelen juzgarse sin tener en cuenta las circunstancias que pueden atenuar su gravedad: una educación equivocada o inexistente, un ambiente familiar corrompido, una soliciación engañosa, etc. Sería fácil, y no quiero hacerlo, continuar con estos argumentos y caer en el sentimentalismo. Sin embargo, hay una verdad incontestable: una mujer es una persona, no una cosa. Y siendo persona, vive, ama, se ilusiona, cree. Actúa, en resumen, ni más ni menos que el hombre en similares circunstancias; con la diferencia de que en ella juegan casi siempre los sentimientos y es, por eso, más sincera y vulnerable.

Estas cosas las sabe el hombre perfectamente, pero como no puede casarse más que con una mujer, prefiere escogerla entre las que no tienen «un pasado». Estas

merecen su atención pasajera, no un lugar definitivo en su propia casa.

Por aquel pasado vivido y llorado, la muchacha es juzgada en bloque. Su inteligencia, su devoción, su valor, no cuentan. Ha cometido una falta y debe pagar del modo más cruel: renunciando al derecho de ser esposa y madre.

Por fortuna, esta situación está cambiando. Los prejuicios, la mezquindad, la prepotencia, están dejando lugar a un futuro más equitativo. Todavía hay hombres que piensan como el de la encuesta y como el ex prometido de la joven que me refirió su caso; pero la mentalidad general evolucionaria y reconoce una misma ley moral para ambos sexos.

Las leyes morales existen y existirán siempre, y fuera de ellas sólo se encuentra fracaso y amargura. Por eso son dignos de comprensión y ayuda aquellos que en un momento de debilidad las olvidan y, más tarde, se proponen no volver a equivocarse por segunda vez.

Este es el caso de infinidad de muchachas afligidas por una experiencia desastrosa. Desean, por encima de todo, un afecto legítimo. Si se les niega, en nombre de la tradición, de un mezquino orgullo, están al borde de un precipicio. Y es tristísimo que caigan cuando mantienen aún la esperanza de encontrar el camino recto. En ese momento es cuando puede salvarlas la mano masculina generosa, sensible y justa, que las ayude a superar pasados errores y haga de ellas las esposas excelentes que pueden ser.

ENRICA CANTANI

CUIDADO con LAS VIRTUDES

LAS cosas no parecen marchar bien en el matrimonio X. ¿De quién es la culpa? Naturalmente, no se sabe a ciencia cierta. Pero las conjeturas se inclinan a acusarle a él. Ella es inteligente, cariñosa, ordenada, culta, ahorrativa... Tiene todas las virtudes. ¿Cómo es posible que un hombre no sea feliz cuando ha encontrado la mujer perfecta? Pues por eso, porque es perfecta. Mejor dicho, porque cree que lo es. Si lo fuera de verdad no estaría tan satisfecha de sí misma y no haría ese desvergonzado y constante alarde de virtudes que hace la señora X.

Veamos de qué modo una condición teóricamente positiva puede convertirse, en la práctica, en inaguantable.

La señora X, según se ha dicho, es...

carifosa

Por eso llama "Pirulo" a su marido delante de la gente; le telefona a la oficina tres veces al día con el único objeto de preguntarle si la quiere; sale tras él enarbolando una bufanda o un jersey y obligándole a ponérselos, aun en primavera, para evitar que se constipe. Y en el restaurante, cuando él ha pedido, lleno de entusiasmo, una fabada asturiana, le recuerda: —Querido... ya sabes lo mal que te sienta...

culta

Y se empeña en demostrarlo, lo mismo si se presenta la ocasión que si no. Si él se refiere a una película magnífica que ha visto en Francia, ella comenta, compasiva:

—No comprendo cómo te puede haber gustado, si no entiendes una palabra de francés...

Si el señor X discute de fútbol con sus amigos, la culta señora X adopta una sonrisa de superioridad que manifiestamente expresa "con qué tonterías se divierten los hombres...". Y se encierra en un mutismo desdenoso cuando, a su alrededor, se habla de lo graciosa que es la comedia musical recién estrenada. Ella, fuera de Kierkegaard o Kafka, no se divierte lo que se dice nada.

sincera

Ni pidiéndoselo de rodillas se podría conseguir que la señora X dijera una mentira. Ni una pequeña. Y es lástima. Porque ella, amiga de la verdad por encima de todo, suele hacer comentarios como éste:

—Me temo que tu hermana —la del marido, claro— se vaya a quedar soltera. La pobre es tan poquita cosa...

ordenada

En la casa de la señora X no hay una mota de polvo, un papel fuera de sitio, una flor mustia o un almohadón aplastado. Todo reluce. Todo está siempre como esperando una visita. Si el señor X deja caer cenizas sobre la alfombra, ella la recoge sin decir nada, dejando solamente que su disgusto se trasluzca en una dolorida sonrisa de mártir cristiana. Y si el señor X lleva su inconsciencia hasta el punto de estirar las piernas sobre el sofá, ella derramará una lagrimita diciendo:

—¡Qué egoístas sois los hombres...!

ahorrativa

Magnífica cualidad, en estos tiempos en que las mujeres son acusadas —dejemos para otro momento el analizar si con fundamento o no— de gastarse el sueldo del marido en vestidos, cremas y otras frusterias similares. La señora X anota sus gastos al céntimo; tiene la nevera en el comedor, a fin de evitar que en ella se cuelen manos furiosas; pasa todo lo que le envían de la tienda para comprobar cuántos gramos tiene el hilo del tendero; apaga la luz apenas se acuesta, porque leer por la noche es un gasto inútil y una costumbre perjudicial para la vista. Argumentos que desarrolla minuciosamente ante el infeliz marido, que daría media vida por leer su periódico en la cama.

Y no acabaríamos si continuáramos con la lista de las virtudes de la señora X. Son tantas... "De nada con exceso", dice la famosa máxima. Y ahí está su error. Porque empeñada en ser más cariñosa, más culta, más sincera, más ordenada y más ahorrativa que nadie, acaba siendo cargante, afectada, grosera, rígida y avara.

El señor X hubiera sido mucho más feliz con una mujer que tuviera menos virtudes y que comprendiera que él es un simple mortal, con defectos y todo... Pero comprender eso no está al alcance de la señora X. Es, desgraciadamente, la única virtud que le falta.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO